

EL CICLO REVOLUCIONARIO DE 1820 Y LA IDEA DE EUROPA *

JOSÉ LUIS COMELLAS GARCÍA-LLERA
Universidad de Sevilla

La época que va de 1815 a 1848 —que Duroselle llama, sin más, *l'ère des Révolutions* (1)— es sin duda la más abundante en revoluciones o intentos de tales en toda la historia de Europa. Parece que en este aspecto ninguna época anterior o posterior puede comparársele. Que esto sea así puede deberse a la nostalgia de los tiempos prenapoleónicos, a la imposición de las ideas liberales en más amplios círculos de opinión, al fracaso de la Restauración como síntesis entre dos pasados, a lo que en otro lugar he llamado “acelerador romántico” (2), o simplemente al hecho que José de Maistre relacionaba en concepción un tanto extrema con “el segundo pecado original”: la revolución con mayúscula —el paso del Antiguo al Nuevo Régimen—, al derribar la indiscutibilidad y hacerlo todo discutible por naturaleza, deba pie a multitud de revoluciones con minúscula.

* Este trabajo es una versión modificada y adaptada al caso de la ponencia del mismo título presentada por el autor a las V Jornadas de Historia de Europa, Buenos Aires, septiembre de 1989.

- (1) Vid. J. B. Duroselle, *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*, Nueva Clío, Barcelona, 1967, 14 ss.
- (2) J. L. Comellas, *Los movimientos subversivos en la época romántica*, en “Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas”, IV, *Historia Contemporánea*, Vigo, 1975, 170 ss.

Un rasgo que destaca a primera vista y que parece digno de ser tenido en cuenta es la tendencia de los hechos revolucionarios a disponerse en ciclos. Para la época a que acabamos de referirnos tenemos los de 1820, 1830 y 1848. Hay excepciones, entre las que podrían contar el golpe decembrista de 1825, el de Nosarelli en 1836, o el de L'Aquila de 1841; pero resulta evidente que la mayoría se encuadran en una secuencia cronológica y lógicamente bien definida por una cierta relación. No nos corresponde aquí introducirnos en los complicados entresijos de la teoría cíclica (3), ni tampoco discernir entre las labroussianas *thèse de circonstance* y *thèse du complot*. Nos basta señalar que, exista relación previa en algunos casos, o se trate de un fenómeno de mimetismo promovido por "la fuerza del ejemplo" en la mayoría de ellos, los movimientos se operan mediante un proceso "en cadena" nada difícil de seguir.

De los tres ciclos enunciados, quizá el menos estudiado en su conjunto como fenómeno europeo sea el de 1820, tal vez porque no triunfó en Francia, el país adelantado en historiografía revolucionaria por excelencia, o tal vez por su menor alcance por lo que refiere a las repercusiones históricas inmediatas. Quién sabe, también, si por haber tenido su centro en España. Sin embargo, y si bien contemplamos los hechos más por lo que significaron que por lo que decidieron, este ciclo se nos presenta como el más "europeo" de todos.

EL PRONUNCIAMIENTO COMO FORMA

Si cada ciclo tiene su emblema distintivo (el club, la Junta, la barricada), el de 1820 es el del *pronunciamento*, dando a la palabra—española, y difundida por toda la Europa latina— su primario significado de intento revolucionario practicado con medios militares y fines políticos (4); bien entendido que el pronunciamento es una mera forma de manifestación externa, bajo la que yace, en todos los casos, un fenómeno que tampoco falta jamás, la *conjura*, en la que participan, junto con elementos militares, otros civiles, que en muchos casos constituyen mayoría numérica, o son incluso

(3) Cf. *Ibid.*, 180-183.

(4) Creo haber dejado sentada la definición en mi vieja tesis sobre *Los primeros pronunciamientos en España*, Madrid, 1958, 21-25. Sólo disiento de mí mismo en un punto: mi prurito de entonces por circunscribir los pronunciamientos "típicos" al caso español. Ahora me parecen igualmente "típicos" los franceses, italianos y portugueses, sin olvidar las similitudes que existen con los griegos, polacos y rusos.

quienes infunden las ideas informantes del golpe. No hay pronunciamiento sin conjura; sin embargo, toda conjura del ciclo de 1820 tiene siempre como objeto un pronunciamiento, llegue o no a desencadenarse éste de hecho.

En el II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de Independencia y su época (Zaragoza, marzo de 1958) el profesor Godechot y quien esto escribe tratamos de delimitar en un coloquio que infortunadamente no ha pasado a las actas, los caracteres específicos del "modelo" de pronunciamiento. Sobre el tema se volvió a hablar en las I Jornadas de Metodología Aplicada (abril de 1973) y en la posterior visita de Godechot a Sevilla (mayo de 1974), aunque el entonces Decano de Toulouse no cejó en su tesis —respetabilísima por todos conceptos— de que el pronunciamiento fue un invento francés. Entre los puntos comunes a los cuatro países latinos implicados figuran la lamentable situación económica de los militares; la proliferación de las sociedades secretas; la fe ciega en el triunfo, por exiguos que sean los medios empleados; la extremada juventud de la mayor parte de los protagonistas; la falta o endebles del apoyo popular, y la facilidad casi sorprendente con que el movimiento fracasa. De los treinta intentos a que se refiere el presente trabajo sólo seis, los de Cádiz, La Coruña, Oporto, Nola, Turín y Morea consiguieron triunfar.

El héroe del pronunciamiento es siempre, y por necesidad, un militar, cuyo nombre ha pasado a la historia y a veces a la leyenda: Didier, Berton, Lacy, Riego, Gomes Freire, Peppe, Ypsilanti, Semenowski. La revolución vendrá denominada por un apellido —la revolución de...— en lugar de serlo por un lugar geográfico o por un mes, como es frecuente en otros ciclos. Pero, como se acaba de precisar, este héroe está respaldado en la oscuridad por un grupo más o menos amplio de militares y no militares. La presencia entre bastidores de estos últimos aumenta con el tiempo, de suerte que las primeras intentonas como las de Mina en España (1814), (5) Didier en Francia (1816) (6) o Macerata en Italia (1817) (7) son justamente las más simples en su trama, para alcanzar su máxima complejidad en las que tienen lugar entre 1820 y 1823.

(5) *Los primeros pronunciamientos en España*, 165-186.

(6) Cfr. R. Sánchez Mantero, *Las conspiraciones liberales en Francia y su relación con los pronunciamientos españoles, (1815-1823)* Sevilla, 1972, 125-140.

(7) Cfr. A. Bersano, Adelfi, Federati e Carbonari, "Atta della Reale Accademia delle Scienze di Torino", Torino, anuario 1909-1910.

Conforme la tendencia al acto revolucionario se generaliza, los tentáculos y el aparato mismo de la conjura se extienden, con frecuencia hasta extremos innecesarios o inoperantes. La sociedad secreta, los ritos simbólicos de la iniciación, el gusto por lo misterioso y lo críptico, son frutos de la mentalidad de la época, y los hallamos por doquier. Parece como si el conspirador romántica fuese radicalmente incapaz de actuar sin este recurso a lo cabalístico y a lo simbólico. Luego tendremos ocasión de volver sobre este punto.

LOS PROTAGONISTAS

¿Quiénes conspiran en vísperas de 1820, y por qué? El panorama se nos aparece francamente claro desde hace tiempo, y aquí no cabe sino resumirlo. Ante todo, los convencidos de la excelencia de las ideas revolucionarias o de lo que se alcanza —y sólo por este procedimiento— mediante la revolución. Son casi siempre personas de las clases medias, gentes de pluma, profesionales, funcionarios; en suma, ese grupo social que Michel Vovelle denomina, a falta de otra expresión más adecuada, “burguesía de servicios”. Sánchez Mantero ha mostrado la abundancia de juristas y pequeños o medianos intelectuales en las conspiraciones francesas; Joel Serrão ha visto lo mismo para el caso de Portugal, y Giovanni Stiffoni encuentra idéntico panorama en Italia. El caso español, que he tenido ocasión de estudiar detenidamente, no constituye por supuesto, una excepción. Son estos hombres quienes dan las ideas, el contenido doctrinal de lo que más tarde se volcará en la acción o intento de tal: y como escribió hace años Labrousse, sin ideas puede haber motines, pero no puede haber revoluciones.

En segundo lugar tenemos a quienes dan o están dispuestos a dar la cara, y convertir la conjura en acto revolucionario: son los militares. No puede hablarse en ningún caso del Ejército; como que, frente a ese acto, es la pasividad o la oposición del resto de las fuerzas armadas el factor que con más frecuencia aboca el intento al fracaso. Quienes toman la iniciativa son siempre una minoría dentro del elemento castrense (aunque una minoría que espera ser pronto mayoría), cuyos miembros se lanzan sin haberlo pensado mucho a la aventura. Son pocos, siempre sorprendentemente pocos, pero valerosos y decididos.

Les mueven la ambición, la sed de gloria, el ansia de sentirse salvadores de la patria. Pero también —y este factor no puede

minimizarse— el despecho y el resentimiento. En España son exguerrilleros de la Independencia postergados por Fernando VII (8), en Francia *demi-solde* (9), en Italia muratistas condenados poco menos que al ostracismo (10), y en Portugal patriotas que se sienten víctimas de la política de Beresford (11). Los empobrecidos Estados de la Restauración no pueden pagar a la inmensa constelación de oficiales surgidos a raíz de las guerras napoleónicas; han de relegarlos a la reserva o a medio sueldo. Los héroes se sienten ofendidos, injustamente postergados, y se levantan contra el poder público, que les niega, además de la libertad, el pan y la sal.

Y por último, tenemos a los hombres de negocios. Pueden faltar en los primeros intentos; son indispensables a partir de 1820, conforme la trama se hace más compleja, y cumplen una función de bien definido protagonismo. En España, ahí están los Istúriz, los Mendizábal, los Beltrán de Lis (12). Sorprende encontrar en las listas que presentan los prefectos a las autoridades francesas más negociantes que abogados, o incluso, salvo en el caso de La Rochelle, que militares (13). En Portugal, a los hombres de negocios se unen, de acuerdo con los estudios de Serrão, pequeños y medianos propietarios arruinados por la deflación, que afecta especialmente a los productos del campo (14); y en Grecia tenemos la curiosa figura de Ypsilanti, militar y comerciante al mismo tiempo.

Hombres de letras, militares, gentes de negocios: los tres grupos se complementan admirablemente, y, aunque constituyen una minoría, adquieren, en virtud de esa misma complementariedad, una capacidad de iniciativa histórica en verdad formidable. Una cabeza que piensa, un brazo que defiende, unos órganos que nutren: ¿no se trata acaso de una pequeña república de Platón? No hace falta que mueva a todos la misma profundidad ideológica; tal vez los militares —aunque no siempre— actúan más por descon-

(8) *Los pronunciamientos...* 44 ss. Tb. E. Christiansen, *Los orígenes del poder militar en España, 1800-1854*, Madrid, 1974.

(9) J. Vidalenc, *Les demi-solde. Etude d' une categorie sociale*. París, 1955. Vid. Tb. R. Sánchez Mantero, ob. cit., 38 ss.

(10) G. Romani, *The Neapolitan Revolution of 1821*, Evanston, 1951.

(11) Vid. R. Brandão, *A Conspiração de Gomes Freire*, Porto, 1922.

(12) *Pronunciamientos...* 147 ss.

(13) Sánchez Mantero, ob. cit., 33 ss. Vid tb. cuadro de pags. 50-51.

(14) J. Serrão, *Vintismo*, en *Diccionário de História de Portugal*, IV, Lisboa, 1971.

tento, y los hombres de negocios por razón de la coyuntura en la fase B de la Restauración: no por eso va a ser la alianza menos eficaz.

EL MISTERIO

La conspiración se realiza, ya lo hemos visto, preferentemente en el seno de las sociedades secretas. Resulta muy difícil discernir si son estas sociedades las que por propia iniciativa promueven la acción revolucionaria, o si son los revolucionarios quienes utilizan a las sociedades secretas como instrumento para prevalerse de su aparato y de su sigilo. Los estudios de Ferrer Benimeli, Lenhof, Rath, Palou o Pieri han aclarado muchas cosas, pero llegan a conclusiones contradictorias, tal vez por haber cavado en terrenos distintos (15). También parece frecuente el caso de sectas u organizaciones creadas *expresamente* para hacer determinada revolución, perduraran o no después de su triunfo o de su fracaso, como podrían ser los *Chevaliers de la Liberté*, los *Adelfi*, el *Sinedrio*, los mismos *comuneros* (para la sobrerrevolución de 1821), y tantos otros (16).

Sea lo que fuere, parece ridículo ponerse a descubrir el papel axial de las sociedades secretas, o si se prefiere decirlo así, de las organizaciones secretas de carácter ritual, que alcanzan, precisamente durante el ciclo revolucionario de 1820, su grado máximo de difusión y multiplicación. Masones, carbonarios y *Amis*

(15) La cruzada emprendida por Ferrer para demostrar la "inocencia" de la masonería en los movimientos revolucionarios, así como la inexistencia de "verdaderas logias" implicadas en los hechos es perfectamente de recibo si admitimos (y es admisible, aunque no enteramente demostrable) que una buena parte de las sociedades revolucionarias, desde el Soberano Capítulo y Taller Sublime de Istúriz y Alcalá Galiano hasta los *Amis de la Verité*, del Bazar, los *Sublimes Maestros Perfectos* de Buonarrotti, o la mismísima *Gran Loggia Madre*, de Orazio D'Atellis son formas espúreas o heterodoxas, inspiradas en los formulismos y ritos masónicos, pero sin dependencia directa del tronco de la Orden. La cual, a su vez, se habría quejado en más de una ocasión de estas imitaciones, defendiendo las virtudes de la "verdadera masonería". Sobre las alegaciones de quienes se consideran miembros de ésta última, vid el *Manifiesto de la Masonería Pura*, en Archivo General de Palacio de Oriente (AGP), Papeles Reservados (PR) tomo 27, n.º 65, y el trabajo de M. Moreno, *La Masonería Pura en la Crisis del Antiguo Régimen*, en J. A. Ferrer Benimeli (coord) *La masonería en la España del siglo XIX*, "II Sympósium de Metodología Aplicada a la historia de la masonería española", Junta de Castilla y León, 1987. En contrapartida, habría que admitir que organizaciones que se consideran a sí mismas masónicas (o comuneras, o carbonarias) conspiran activamente, al menos en la época a que se refiere este trabajo.

(16) Quizá no vendría mal destacar en algún momento el influjo en estos nombres del helenuismo vigente en la Europa de entonces: los *adelfi*, la *Hetaira* (cuyos miembros en la época clásica se reunían en el *Sinedrion*...).

de la *Verité* en Francia; masones y comuneros en España; el *Sinedrio* en Portugal; la *Hetaira* en Grecia; el *Tugelbund* y las *Burnscheschaften* en Alemania; la *Sociedad de la Prosperidad* en Rusia son el cauce por donde discurren las conspiraciones, hasta conducir, cuando el camino se recorre hasta el final, al estallido del pronunciamiento. El caso de Italia es peculiar. La Italia de 1820, es, como dice Michel Droz, “el paraíso de las sociedades secretas”: carbonarios, *güelfi*, *adelfi*, *federati*, *consistoriali*, *calderari*, pululan por doquier, no siempre, por cierto, bien avenidos. Los carbonarios serán en todo caso más poderosos, o los promotores de las iniciativas más audaces, aunque no siempre su contenido ideológico aparezca claro. Luigi Salvatorelli ve en ellos “una extraña mezcla de imperialismo romano y semisocialismo democrático inspirado en Rousseau” (17).

A través de las sociedades secretas, la trama se complica en conventículos, se extiende en oleadas concéntricas, abunda en ceremonias, quizá más rituales que eficaces, vive la aventura del misterio y se adapta perfectamente, como anillo al dedo, a los gustos de la época. Es curiosa la contradicción: la conjura se nos aparece a la vez complicadamente trabada e inconexa. La asociación tiende a unir esfuerzos, pero el fogoso individualismo de cada revolucionario o de cada grupo en concreto tiende a la acción personal, al adelantamiento sobre el plan inicial, o a la improvisación soñadora que acaba en desastre.

Efectivamente, no comprenderíamos la realidad de la conspiración si no tenemos en cuenta el carácter del conspirador. Se trata sin duda de una de las figuras mejor dibujadas de la época, con su sentido emocional y misterioso, dueño de una fe ilimitada en su empresa y autor de promesas mesiánicas. “El conspirador romántico —ha escrito José María Jover—... bebe, del romanticismo, la pasión intelectualizada de emoción y sentimentalismo, que se resolverá en juramentos lacrimosos” (18). No podemos menos de recordar aquella escena, que tan vívidamente nos narra Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano*, en que el autor presenta a los asistentes al *Taller Sublime* una espada desnuda, y todos, poniendo las manos sobre ella, juraron, “con los ojos arrasados en lágrimas”, morir antes que desfallecer en la lucha por la libertad (19).

(17) L. Salvatorelli, *Pensiero e azione del Risorgimento*, Torino, 1943.

(18) J. M. Jover, *Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea*, Madrid, Ateneo, 1952, 20.

(19) A. Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras Escogidas de...* Edic. B. A. E., Madrid, 1955, II, 103.

“El conspirador romántico –sigue diciendo Jover– aporta a la lucha política emoción, entusiasmo y algunas ideas. Aportará también una impecable estética de la muerte” (20). Estética que podemos ver reflejada en el cuadro en que Gisbert representa el fusilamiento de Torrijos, en una apoteosis de dignidad y desafío –¡qué distinta del desgarramiento de las escenas del 3 de mayo pintadas por Goya!–, o en los relatos que nos presentan a Beltrán de Lis corrigiendo al verdugo que cita equivocadamente su nombre, a Porlier redactando, como última voluntad, su propio epitafio al pie del cadalso, o a Lacy arengando a las tropas que van a fusilarlo hasta dar él mismo la orden de *fuego*. Es el mismo gesto heroico de Foy tras los Cien Días, imitado luego por los sonoros gritos de Didier o Berton, el estoicismo de estatua griega de los cuatro sargentos de La Rochelle, o el de Gomes Freire y sus compañeros, que hallan la muerte entre voces patrióticas junto al estruendo de las olas.

Tal el revolucionario, tal la revolución. Probablemente, nunca habrá tramas peor urdidas que las de la época romántica. El romántico que no vive nostálgicamente en el pasado vive proyectivamente en el futuro, idealizado o irreal, carente de otra base que sus sueños. “Lo que define al político romántico, como ha observado Braunschweig, no es un ideario, sino un estilo de acción anclado en una *interpretación milagrosa de la vida*” (21). No se preocupará de lo que hará el día siguiente del triunfo, y mucho menos duda de él: sus ideales son tan notables, tan puros, tan convincentes, que muchedumbres inmensas no podrán menos de seguir entusiasmadas detrás de él. Basta leer las *memorias* de Santorosa para darse cuenta de lo asombrosamente fácil que para él resultaba hacer una revolución en el Piamonte; luego, tras la derrota, no es capaz de explicarse las causas de su fracaso. Rasgos increíbles de improvisación respecto del futuro encontramos en el pronunciamiento de Porlier o en la conjura de Vidal, lo mismo que en las complejas tramas portuguesas del Sinedrio. Respecto de la conspiración parasina del Bazar, ha podido escribirse que “el complot estaba en marcha, y aún los conjurados no sabían a ciencia cierta cuál era la finalidad que les llevaba a pronunciamiento” (22). Y sabido es que la idea de proclamar la Constitución de 1812 fue

(20) J. M. Jover, ob. cit., 21.

(21) *Ibid.*, 19-20.

(22) R. Sánchez Mantero, *Las conspiraciones liberales en Francia...*, 145.

posterior, que no objetivo concreto del golpe gaditano de 1820 (23).

El misterio, la trama intencionadamente peligrosa, la tendencia al símbolo y al rito, la interpretación milagrosa de la vida, la estética de la muerte, la ingenua improvisación, la desproporción entre fines y medios: tales son los rasgos dominantes en el ciclo revolucionario de 1820. No debe asombrarnos que la gran mayoría de los intentos terminen en un trágico fracaso.

LA APERTURA ESPAÑOLA

El ciclo se abrió en España. El primer intento de pronunciamiento de la época de la Restauración tuvo lugar en Pamplona en una fecha tan temprana como el 16 de septiembre de 1814. No es este el momento de entrar en sus detalles, ni tampoco en la curiosa vaguedad de sus planteamientos (24). No hace falta decir que su asombrosa improvisación dio al traste con un proyecto tan poco definido de antemano. Siguiéron los intentos, igualmente frustrados, de Porlier, Lacy-Miláns (25), la tenebrosa Conspiración del Triángulo (26), o la conjura de Vidal en 1819. Todas se perdieron en el vacío. Balmes describe muy bien el mecanismo: "eran teas que se encendían en una atmósfera que no las alimentaba, y se apagaban" (27). Hasta que vino a triunfar la trama más admirablemente mal organizada de todas: la del coronel Quiroga y el comandante Riego, cerca de Cádiz, el 1.º de enero de 1820 (28).

El secreto de su éxito merece capítulo aparte, tanto por su mecanismo como por su significación ulterior en la historia de Europa. Ante todo tenemos un hecho de carácter general muy difícil de negar: el creciente descontento, en capas cada vez más amplias

(23) Alcalá Galiano afirma taxativamente que "Riego no tenía encargo de proclamar la Constitución de 1812, ni tal cosa era parte principal de nuestros planes". Vid. ob. cit., I, 460. Cfr. *Los pronunciamientos...*, 350.

(24) Me remito en todo a *Los pronunciamientos...* 165-186.

(25) *Ibid.*, 186-207 y 229-243, respectivamente. Para el caso de Lacy, vid. tb. J. Fontana, *La quiebra de la monarquía absoluta*, Barcelona, 1974, 239 ss.

(26) Mi estudio sobre el tema en *Pronunciamientos...* 209-228 ha quedado en parte superado por el trabajo ulterior de P. Ramos, *La Conspiración del Triángulo*, Universidad de Sevilla, 1970. Realmente, la conjura de Richart y compañeros no parece haber seguido el método triangular.

(27) J. Balmes, *Estudios Políticos*, en O. C., Barcelona, 1926, III, 115.

(28) Vid. *El pronunciamiento de 1820 como culminación del proceso revolucionario*, en *Los Primeros pronunciamientos...* 303-353.

de la sociedad, hacia el régimen –si tal puede llamarse– de Fernando VII implantado en 1814. En segundo lugar, una realidad funcional que resultó decisiva: por primera vez en la larga serie, los soldados participan voluntaria y conscientemente en la decisión de sus jefes, al parecer menos por razones ideológicas que por saber que su insumisión les va a librar de un embarque para América mortal de necesidad (29).

Y es este segundo hecho el que nos pone en contacto con un tercer y todavía no bien conocido factor. El ejército Expedicionario, antes del pronunciamiento gaditano, estaba destinado a yugular la insurrección del Río de la Plata, la más grave que en aquellos años se desataba en América. Resultaba lógico que la Junta de Buenos Aires hiciese lo posible por evitar que aquella expedición –organizada, por primera vez, conforme a las técnicas napoleónicas– llegase a embarcar. La célebre polémica entre Antonio Ballesteros y Roberto Castrovido ha dejado en claro por lo menos la relación entre los junteros argentinos, y más concretamente Puyrredón, con dos agentes relacionados con el comercio de Cádiz, José Lezica y Andrés Argibel, encargados de “gestionar” el fracaso del envío de tropas. No es del caso volver aquí sobre el famoso *affaire* de los barcos rusos (30), leyenda creada para evitar o retrasar la expedición, ni tampoco la posible o probable relación de los logias bonaerenses con las gaditanas (31). Los documentos sobre

-
- (29) Según oyó personalmente el general Pedro A. Girón, luego marqués de las Amarillas, “los soldados estaban, por no embarcarse, prestos a seguir a sus jefes, y hacer lo que éstos les mandasen”. Marqués de las Amarillas, *Recuerdos*, Pamplona, 1979, II, 73.
- (30) Josep Fontana, cuya devoción por Fernando VII no es precisamente entusiástica, reconoce que el escándalo de los barcos rusos fue un invento de sus enemigos para evitar la expedición a América, y no una torpeza de Ugarte. *La quiebra...* 284 ss.
- (31) Alcalá Galiano en *Memorias para servir a la historia del origen y alzamiento del Ejército destinado a Ultramar*, en *Obras Escogidas de...* Edic. B. A. E., Madrid, 1955, II, 332, menciona a D. N. Argibel entre los conspiradores: es el eslabón más concreto que encontramos entre la cuerda lanzada por Puyrredón y la red tendida en Cádiz. Vid. tb. la versión del folleto *Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja*, Madrid, s. a. (hacia 1830), 80. En Archivo General de Palacio, Papeles Reservados, tomo 23, fols. 647-48 se transcribe un informe recibido de Tucumán, que lleva fecha de 25 de diciembre de 1820: “Admirése Vm. y admírese el mundo: Buenos Aires ha introducido la Constitución en España; Buenos Aires ha pagado las tropas de Quiroga; Buenos Aires ha influido en su manutención”. Un informe del conde de España a Alejandro I fechado en 15 de octubre de 1822 da cuenta de que “des Américains vènus exprès à Gibraltar, ont beaucoup contribués à la révolte de l’île de Leon en 1820, et ils fournissaient aux factieux de secours pécuniarirès”. Otras referencias sobre el tema en AHN, Cons., 8935. La ayuda no tuvo por qué ser forzosamente pecunaria, si tenemos en cuenta los apuros económicos en que, según Alcalá Galiano, se encontraban por lo menos los jóvenes del Taller Sublime. Aunque el mismo autor confiesa haber recibido tres partidas, una de 3500 pesos, y dos de 1.000: una de Istúriz y otra de “un comerciante”. Por supuesto, otros “pisos” de la conjura debían estar mejor dotados.

los que ha trabajado recientemente el profesor y masonólogo A. Lappas en Buenos Aires podrán tal vez aportar nueva luz al asunto.

El hecho es que el deseo de los argentinos de que el Ejército Expedicionario no embarcase y el de los liberales españoles de derribar el régimen absoluto de Fernando VII marchaban en la misma dirección. Primero se consiguió el aplazamiento con el pretexto de la no navegabilidad de los barcos rusos, y después se preparó el pronunciamiento con las mismas tropas destinadas a asestar un golpe muy distinto. Los soldados debidamente aleccionados por la propaganda, puestos en la alternativa de embarcar “rumbo a una muerte segura” o “dar un día de gloria a España”, no lo dudaron. Y fue su fidelidad a los jefes insurrectos lo que deparó el régimen constitucional a la Península y dejó las manos libres al movimiento de ultramar. La insurrección de Méjico, pocas semanas después –un típico pronunciamiento, perfectamente digno de ciclo del 20– dejaba las cosas decididas en América de una vez para siempre.

Sin embargo, la revolución española de 1820, impulsada en buena parte por vientos ultramarinos, estaría destinada a tener una fuerte indentación europea. Ya en febrero de 1820, cuando la revolución había estallado, pero aún no triunfado, el Inquisidor General, con evidente aunque tardío espíritu profético, prevenía a Fernando VII de que “acaso aquí se ha encendido la tea destinada a incendiar... más de la mitad de Europa” (32). Poco después, un clérigo realista sevillano, Francisco de Paula García y Castro, ante los levantamientos de Portugal, Nápoles y Piamonte, considera que todas las revoluciones que están estallando en Europa y su primer capítulo abierto en España en 1820 “no son sino una misma y sola cosa” (33). Y un viajero francés, que llega a España en julio de 1822, recién instaurado el gobierno de Evaristo San Miguel, entiende que los exaltados españoles, “républicains dévoués... appellent a eux... tous les revolutionnaires d'Europe” (34).

Si la revolución española nacía con una clara vocación europea, la estabilidad de las monarquías restauradas se veía en peligro, y abonaba la tesis de Metternich acerca del derecho de intervención sobre la base de que “una revolución en un país de Europa es una revolución en Europa”; y de aquí la febril política

(32) En AHN, Est., 3128.

(33) Cfr. *Apuntes y reflexiones para la historia de España en el siglo XIX*, reseñado por J. M. Cuenca en “*Archivo Hispalense*” n.º 128 (1966), 325-333.

(34) En Archives Générales de France, série F7, 11981, dossier 29.

de congresos intervencionistas –Troppau, Laybach, Verona– que siguió en un plazo de dos años.

Efectivamente, la revolución es un artículo en alto grado exportable, y la Constitución española de 1812, como ha hecho ver Mirkiné-Guetzevitch, sería el nuevo símbolo del liberalismo europeo, modelo de cartas fundamentales en Portugal, Piamonte, Nápoles, y varios países americanos, punto de arranque para los insurrectos polacos o en el Congreso de Epidauró. El ejemplo español se convertía así en el espejo en que debía mirarse Europa entera. “François! –pedía ya en 1820 una proclama clandestina allende los Pirineos–... le despotisme anéantit toutes nos libertés. François! imitez les généreux Espagnols! Deja vous voyez un mouvement dans les troupes. Aux armes, François!” (35).

La labor de propaganda, especialmente por parte de los exaltados veinteañistas, buscó desde el primer momento la extensión de la revolución liberal a todo el continente. Los fondos de la serie F7, de la Policía, en los *Archives Nationales* de París, recogen la gran cantidad de proclamas, panfletos y consignas que cruzaban los Pirineos. La prefectura de Tarbes anunciaba a París que los revolucionarios españoles estaban llamando, “pour faire un bouleversement général”, a todos los europeos, y muy especialmente a los franceses (36). Bayo añade que los exaltados “aspiraban a sublevar la nación vecina y a generalizar los gobiernos libres, contando principalmente con que la Francia entera se sumase al primer grito de libertad que resonase en sus fronteras” (37). Algunas versiones son todavía más universalistas: el ministro de Rusia en Francia, al observar la revolución que se había operado al sur de los Pirineos, comentaba que “les intérêts qu’elle est sur le point de décider, sont les intérêts de l’Univers” (38).

Ideales e intereses comunes. La revolución española de 1820 está entrelazada de dos maneras distintas con Europa y con América. Sería decisiva, tal vez –aunque la cuestión nunca dejará de ser un futuro– en la suerte del Nuevo Mundo. Su proyección europea estaba asegurada desde el momento en que muchos ánimos del Viejo Continente sólo estaban deseando que alguien tirase la

(35) Cit. por P. de Savigear, *Carbonarisme and the French Army (1815-1824)*, “History”, LIV (1969), 204.

(36) Informe de la Prefectura de Tarbes, 24 julio, 1822. A. N. F., F7, 11981, dos. 29.

(37) *Historia de la Vida y Reinado de Fernando VII*, Madrid, 1842, II, 249.

(38) C. L. Lesur, *Annuaire Historique Universel pour 1820*, París, 1821, 663.

primera piedra contra el absolutismo. “La rivoluzione di Spagna –escribió uno de sus primeros imitadores, Guglielmo Pepe–, accaduta nei primi giorni di 1820, attirò a se l'attenzione di tutta l'Europa..., la simpatía e l'ammirazione di tutti i liberali d'Europa” (39). El ciclo de 1820 estaba servido.

LA REVOLUCIÓN EN ITALIA

Cabría integrar en la cadena la conspiración de Cato Street, en Londres, en la primavera de 1820, que se adelantaría así a los movimientos en Grecia, Portugal e Italia. Con todo –y es muy poco lo que de ella se sabe– parece difícil establecer implicaciones internacionales de un hecho aislado y abortado desde un principio; en todo caso, podría tratarse de un acto de mimetismo, o de aprovechamiento de una coyuntura favorable. Descubierta a tiempo la vaga conjura, careció de repercusiones ulteriores, como no fuera el hecho mismo de una agilización de la política, haciendo buena la afirmación de Canning: “la política es el arte de hacer reformas para evitar revoluciones”. Si el caso británico es un poco especial, resultaría particularmente forzado –aunque no absurdo– incluir en el ciclo las agitaciones estudiantiles de 1819-20 en Alemania, de las que no existieron más actos realmente violentos que los atentados de Sand contra Kotzebue y de Löning contra Von Ibell (40).

El segundo caso claro, después del español, es el italiano (41), que, por otra parte, no sólo le sigue en el tiempo, sino que habría de implicarse abiertamente con él, como pronto tendremos ocasión de comprobar. En Italia existían, según hemos visto, multitud de sociedades secretas, de las cuales, según Lesur, los carbonarios y los adelfos eran los más importantes, o por lo menos los más decididos. Los primeros querían una reforma agraria y los segundos se inclinaban por el regicidio (42). En realidad, ambas

(39) Guglielmo Pepe, *Memorie del generale...* París, 1847, 366.

(40) Cfr. J. L. Comellas, *Los movimientos subversivos...*, loc. cit., 185.

(41) Cfr. entre otros: G. Romani, *The Neapolitan Revolution of 1820-1821*, Evanston, 1951; N. Cortese, *La prima rivoluzioni separatista siciliana, 1820-1821*, Nápoles, 1951; A. Colombo, *Santarosa. Storia del Risorgimento e dell'unità d'Italia*, Milano, 4 vols., 1933-1938; G. Salvemini, *Scritti su Risorgimento, a cura di Piero Pieri e Carlo Pischedda*, Milano, 1963; L. Salvatorelli, *Pensiero e azione del Risorgimento*, Torino, 1943; A. Bersano, *Adelfi, Federati e Carbonari*, “Atti de lla Reale Accad. delle Scienze di Torino” Torino, 1909-10; A. Ottolini, *La Carbonera dalle origini ai primi moti dall'indipendenza*, Modena, 1942; G. Garrone, *Buonarrotti e i rivoluzionari europei dell'800*, Torino, 1951; J. Rath, *The Carbonari. Their origins, initiations, rites and aims*, “American Historical Review”, LXIX (1962), 335-370.

(42) Lesur, *Annuaire pour 1823*, París, 1824, 329-30.

sociedades eran claramente republicanas, y unían vagas reminiscencias tradicionales con un programa casi tan vago de reforma social. Los carbonarios –como en España los comuneros– se estimaban más “demócratas” y menos elitistas que los masones, y sólo admitían dos grados, aprendices y maestros, que eran más bien fases de iniciación. Si se llamaban “primos” o “buenos primos” entre sí no era por razón de una menor afinidad mutua, sino por diferenciarse de los masones. En cuanto a los adelfos, su igualitarismo parece proceder de la antigua adscripción de su líder, F. Buonarrotti, al babouvismo (43).

La masonería tuvo un papel más discreto, aunque entre los liberales más importantes de Nápoles figuraba Orazio D'Atellis, maestro del Rito Escocés de la Orden (44). Huido a España en 1821, el papel de D'Atellis cobraría especial singularidad. La secta de los Sublimes Maestros Perfectos, aunque puede emplear una terminología de saborcillo masónico, fue fundada por Buonarrotti, y no es más que una rama de los adelfos. En cuanto a los *federati*, destacan más en Piamonte, y abogaban tanto por una mayor unión entre los revolucionarios como por una república federal. En efecto, fue más el peligro de 1821 que la revolución de 1820 lo que obligó a estrechar lazos (45), y Lesur asegura que el objetivo mediato era establecer una república federal regida por la Constitución española (46).

Con todo, parece que los carbonarios italianos, pese a su compleja organización, no se atrevían a lanzarse a la aventura por sí solos; necesitaban un ejemplo previo, que al parecer consideraban próximo. A este efecto, el carbonario Caetano Illuminati confesaba ante las autoridades pontificias “Che i movimenti in Italia nos sarebbero accaduti che contemporaneamente con qualche altro paese d'Europa” (47). Tal país fue España, y resulta significativo el casi inmediato viaje del coronel Pecchio, uno de los principales conspiradores, a la Península Ibérica, donde contó con las simpa-

(43) Cfr. P. Robiquet, *Bonarrotti et la secte des égaux*, Paris, 1910. Armando Saitta, Filippo Buonarrotti, Roma, 1950. Datos sobre Buonarrotti y sus vínculos en Francia en ANF, I, 7, 6689, dos, 28.

(44) Orazio D'Atellis, *Documenti Storici della fondazione della Gran Loggia Madre de rito scozzese e accettata al O. Di Napoli*, Nápoles, 1814.

(45) Armando Saitta, *Filippo Buonarrotti*, Roma, 1950, 95.

(46) *Annuaire pour 1823...*, 330.

(47) Según un informe transmitido de Roma –febrero 1829– a la Inquisición española, en AHN, Estado, 3128.

tías españolas, y trató de obtener el envío de un cuerpo militar (48).

Fue tal vez la actitud más internacionalista de los carbonarios napolitanos la que hizo posible que la revolución estallase en Nápoles antes que en Piamonte, donde también se estaba preparando. La forma fue, una vez más, el típico pronunciamiento. El 2 de julio de 1820, dos oficiales de caballería, Morelli y Silvatti, desertaron en Nola y marcharon con su escuadrón sobre Avellino, al grito de "Rey y Constitución". En pocos días el movimiento se extendió, se formó una Junta Provisional, y entonces se vio que el director de la revuelta era el general Guglielmo Pepe, uno de los principales líderes de los carbonarios (49). Ante la fuerza de los acontecimientos, el 6 de julio el rey permitía una Constitución y nombraba un nuevo gobierno. Pero las presiones continuaron, y el 7 de julio se proclamaba la Constitución española. La conexión con España quedaba en evidencia una vez más.

La revuelta de Piamonte fue más tardía y más dubitativa, en parte por las indecisiones de Víctor Manuel I, que no sabía si colocarse al frente del movimiento u oponerse a él. Los autores del golpe fueron, como de costumbre, militares: los coroneles Asinari y Regis y los mayores Collegno y Santorre di Santarosa, que acabaría convirtiéndose en el héroe nacional. Se pidió al monarca que aceptara una Constitución y marchase sobre Lombardía, para liberarla del yugo austríaco (como trataría de hacerse en los dos ciclos siguientes). Pero, ante la demora de los hechos, los piamonteses, lo mismo que los napolitanos, no fueron capaces de esperar una laboriosa tarea constituyente, y el 10 de marzo de 1821 una típica "sobrerrevolución" en Alessandria obligaría a aceptar la Constitución española. Quizá formara tal propósito ya parte del plan inicial. El hecho es que tres países latinos estaban ya regidos por la misma ley fundamental.

El mecanismo está claro: conjura urdida en el seno de las sociedades secretas, y golpe asestado por medios militares. Sólo como tercer acto, y siguiendo el mismo orden que en España, una vez que la revolución ha triunfado, surge el entusiasmo popular, para permitir la impresión de que es el pueblo el que, sacudiéndose el yugo del despotismo "ha recobrado la soberanía". ¿Hasta qué punto las revoluciones italianas contaron, si no con la actua-

(48) Vid. la carta de Pecchio a Moreno Guerra, desde Lisboa, a principios de 1820, en AHN, Est., 3141, 78.

(49) Vid. Ruggiero Moscati, Guglielmo Pepe, Roma, 1938.

ción del pueblo, sí con su aplauso? Parece que el caso tampoco es muy disímil del español. Según un folleto de la época, "c'est á tort qu'on a cru ou voulu voir que le changement politique de Naples était une révolution militaire... il faut dire qu'elle était nationale, puisque l'esthousiasme d'un jeune sous-lieutenant ne fit que porter sa troupe a donner la signal á un mouvement auquel tous les Napolitains tendaient a se reunir: l'armée sans doute partageait les désirs de la nation" (50). El Ejército no habría sido sino el ejecutor de los designios del pueblo.

Es el mismo planteamiento formulado por los liberales españoles de los años 20. Pero en Italia lo mismo que en España (51) tal aserto ha de ser tomado en un sentido muy restrictivo, si tenemos en cuenta la debilidad de las respectivas burguesías por entonces. Más restrictivo aún en Italia, si atendemos los motivos que Luigi Salvatorelli aduce para explicar el fracaso de los intentos de 1820: "La ausencia de toda coordinación entre ellas prueba que la idea de la unidad nacional era aún débil y vaga en la mayor parte de la sociedad. No sólo el pueblo, sino ni siquiera las clases medias participaron en el movimiento. Son los oficiales y los nobles quienes han hecho la revolución". Determinados nobles, habría que añadir (52).

El régimen revolucionario italiano fue víctima de la Europa de los Congresos antes que el español. Las tropas austriacas sofocarían los movimientos con más facilidad de lo que sus propios mandos supusieron en un principio. Sin embargo, muchos de sus principales líderes, Peppe, Pecchio, Pacchioratti, Pisa, D'Atellis, se refugiaron en España, y desde aquí tratarían de seguir adelante en su proyecto de una unión liberal europea.

EL CASO PORTUGUÉS

Un mes después del pronunciamiento de Nápoles triunfaba el de Oporto. También Portugal había contado con un interesante precedente, muy parecido a los de Porlier o Didier, en el intento

(50) *Relation des événements politiques et militaires qui ont lieu á Náples en 1820 et 1821*. "The Pamphetelet", París-Londres, XLVI, 1824, 309-365.

(51) No voy a insistir en este punto sobre la sociología de la revolución española de 1820-23, ya estudiada en *Pronunciamientos...* 44-71, *El Trienio Constitucional*, Madrid, 1963, 26 ss., y *Los Realistas en el Trienio Constitucional*, Pamplona, 1958, 40 ss.

(52) L. Salvatorelli, *Pensiero e azione...* 90.

romántico e improvisado del general Gomes Freire (53), episodio de extraña e irreal belleza. Ahora, en 1820, la trama estaba mejor anudada. Desde dos años antes funcionaba en Oporto y en otras ciudades una sociedad secreta, el *Sinedrio*, que Oliveira Marques considera inspirada por la masonería, pero independiente de ella. Sus miembros celebraban reunión preceptiva todos los días 22, y sus fines eran la libertad política y la regeneración nacional. La palabra *regeneração*, empleada en una época de decadencia, fue la clave, según Serrão, del *vintismo*, el movimiento portugués de 1820, que creó un ambiente y hasta una nostalgia histórica muy especiales (54).

Como de costumbre, los autores del golpe fueron militares, como Cabreira y Sepúlveda, que se sublevaron en el Campo de San Ovidio (hoy Praça da Regeneração) de Oporto; pero quienes estaban detrás de ellos eran civiles, intelectuales y juristas como Fernandes Tomás, Ferreira Borges, Silva Carvalho, que fueron quienes finalmente se hicieron con el poder, aunque concedieran la presidencia provisional al general Antonio de Silveira. Como ley fundamental fue adoptada una Constitución tomada de la española de 1812, porque, como razonaba la Junta, “a nossa causa é a dos nossos vizinhos, os espanhóis”. En este caso resultaba posible hasta calcar el artículo relativo a “los dos hemisferios”, porque una de las esperanzas, por entonces, paralelamente a España era la reunificación con Brasil. En cuatro países de Europa imperaba ya no sólo el mismo régimen, sino –y esto no es menos importante– el mismo texto constitucional.

GRECIA Y RUSIA

Dos países no latinos fueron por cada lado casos atípicos, pero no dejaron de estar sacudidos por el ciclo revolucionario de 1820. Grecia sería la excepción, si entendemos por tal el único caso en que la revolución, aunque a través de muchas metamorfosis, había de mantener su vigencia: quizá porque unía a su encendido carácter nacionalista el hecho de quedar muy lejos de las potencias de la Santa Alianza, amén de la oposición rusa o

(53) Vid. R. Brandao, *A conspiração de Gomes Freire*. Borto, 1922. A. Ferrão, *Gomes Freire o as virtudes da raça portuguesa*. Coimbra, 1920.

(54) El artículo de Joel Serrão, *Vintismo*, en el tomo IV de *Diccionario de História de Portugal*, dirigido por el mismo, tan alabado por la historiografía portuguesa, es un tanto conceptualista, pero constituye el mejor análisis del espíritu ideológico y socioeconómico que informó la revolución portuguesa de 1820.

británica a una intervención de Austria (55).

La *Hetaira* no era en sentido estricto una sociedad secreta, pero sí una sociedad críptica y conspiratoria, tan amante de los símbolos y los juramentos sagrados como todas las demás. El movimiento de 1820, dirigido por Alejandro Ypsilanti —militar como todos, aunque en este caso perteneciente al ejército zarista— encontró de momento poco apoyo, y fue yugulado en el Norte del país; pero en 1821 prendió el levantamiento en el Peloponeso, que dirigían su hermano Demetrio Ypsilanti, Dikaios Papaflessos, y otros jefes de la *Hetaira* (56). A punto estuvo de fracasar el segundo intento, pero la victoria de Theodoros Kolokotromi sobre los turcos en los desfiladeros de Duvenakis —las nuevas Termópilas— en 1822, permitía la formación del primer gobierno provisional griego, y, en definitiva, el Congreso de Epidauró y la independencia del país, reconocida internacionalmente, al fin, en 1829. El resto de la historia no nos interesa; bástenos recordar que Grecia participó puntualmente en el ciclo revolucionario de 1820, y, dentro de su peculiaridad —puesto que no existía ejército griego— mediante procedimientos no muy distintos a los otros casos.

En Rusia sí había ejército —el más numeroso, ya que no el mejor armado de Europa— y típicamente militar fue el pronunciamiento del coronel Schwartz, en octubre de 1820, el quinto de la serie europea de aquel año. Schwartz quiso alzar el regimiento de la Guardia Imperial, y sólo a medias lo consiguió. El golpe fue abortado enseguida, pero a partir de aquel momento nació el “vintismo” ruso, el *octubrismo*, que, para confusión de historiadores se fundiría en el decembrismo de cinco años después. Efectivamente, el fogonazo de 1820 no tuvo repercusiones inmediatas, por obra de la súbita conversión de Alejandro I —que hasta entonces había coqueteado con las ideas liberales— y la dura política de Arakchiev; pero sí dejaría poso, que sería levantado a la muerte de Alejandro por los decembristas de 1825 (57). Fue entonces cuando, valiéndose de las dudas sucesorias entre los príncipes Nicolás y Constantino, los oficiales de la sociedad secreta *La Prosperidad* —en la que, y este detalle no debe ser omitido, par-

(55) Vid. E. Driault y M. L. L'Heritier, *Histoire diplomatique de la Grèce de 1821 á nos jours*, París, 1825. Es una obra que no se limita al planteamiento internacional del problema griego, sino que trata de los propios movimientos revolucionarios.

(56) Cfr. R. Seton-Watson, *The Rise of Nationality in the Balkans*, Londres, 1937.

(57) Vid. F. Venturi, *Roots of Revolution. A History of the populist and socialist movements in Nineteenth Century Russia*. New York, 1960. M. Wolkowski, *Die Dekabristen*, Zurich, 1946; M. Zetlin, *The Decembristes*, New York, 1958.

tipicaban también carbonarios italianos (58)— consiguieron lanzar a la calle a 3.000 soldados al grito de “Constantino y constitución” (obsérvese de nuevo la fórmula italiana): bien entendido, como se complace en recordar Palmer, que los soldados creían que Constitución era la mujer de Constantino. Otro pronunciamiento, pues, y sin apoyo popular, que otra cosa era difícil esperar de la tesitura cultural y socioeconómica de la Rusia de entonces. A Nicolás I no le costó aplastar el intento, y, como en otros casos, el resto de la historia ya no nos interesa. Pero la fecha y la forma (sociedad secreta-conjuración-pronunciamiento-fracaso por falta de arraigo) coinciden sin la menor dificultad con los caracteres del ciclo de 1820.

LOS PRONUNCIAMIENTOS FRANCESES

Francia, como España, comenzó el ciclo de 1820 antes de 1820, de forma que hubiera cambiado la denominación si cualquiera de los intentos hubiera llegado a triunfar. La diferencia con España es que en ésta la revuelta triunfó en 1820, mientras en Francia aquel año no hizo más que aumentar la frecuencia de las tentativas, pero sin que vinieran acompañadas en ningún caso por el éxito.

Francia reunía condiciones inmejorables para ser cabeza de serie: existía una fuerte tradición revolucionaria, un alto desarrollo de las ideas liberales, una burguesía inquieta y unos militares con motivos para sentirse descontentos. Ha sido un acierto de R. Sánchez Mantero, que no de la historiografía francesa, haber precisado todos los perfiles del binomio conjura-pronunciamiento en el caso francés (59), hasta poder establecer un diagrama paralelístico sorprendente. Abre el caso el intento de Didier en Grenoble (1816), tan improvisado como el de Mina en Pamplona o Gomes Freire en Portugal. Luego, las sociedades secretas, entre las que cuentan los carbonarios, los Amis de la Verité, la Liberté Patrie, los Chevaliers de la Liberté o la Société de l'Independence Nationale, se ponen en movimiento, mientras un Comité Director, presidido por La Fayette, intenta ponerlos de acuerdo y aunar esfuerzos en pro de una revolución general, aunque la fuerza

(58) Vid. F. Venturi, *Il moto decabrista e i fratelli Poggio*, Torino, 1956.

(59) R. Sánchez Mantero, *Las conspiraciones liberales en Francia (1815-1823)*, Sevilla, 1972. Vid. tb. G. de Bertier de Sauvigny, *La Restauration*, París, 1957; E. Guillon, *les complots militaires sous la Restauration*, París, 1895; L. Veron, *Mémoires d'un bourgeois de Paris*, París, 1853.

romántica del individualismo empuja a unos y otros a actuar anticipadamente y en solitario.

Pero fue una vez más el ejemplo español lo que precipitó la situación y alentó los esfuerzos. Como escribía Chateaubriand a Canning, "dans toutes les conspirations militaires jugées par les tribunaux français, on a constamment retrouvé le nom et l'expérience des Cortès" (60). Es de saber que los franceses acostumbraban a llamar *Cortes* al régimen constitucional imperante en España. Este régimen era por tanto, el espejo en que se miraban los aspirantes a hacer la revolución en Francia.

Entre estos intentos destacan el del *Bazar* en París (agosto 1820) y los tres de 1822: el de Saumur, el de Belfort-Colmar y el simpático pero sumamente ingenuo de los Cuatro Sargentos de la Rochelle (61). Aunque Vaulabelle pretende que la conspiración de París (Bazar) fue puramente militar, la de Belfort carbonaria y la de Saumur de los Chevaliers de la Liberté (62), la realidad es bastante más compleja. La del Bazar —llamada así por reunirse los conspiradores en un bazar o almacén de la parisina calle Cadet— eran, además de militares, activistas *Amis de la Verité*, en Saumur hubo sobre todo *Chevaliers*, pero también carbonarios, lo mismo que Belfort. Los sargentos de la Rochelle eran también carbonarios (63); pero las conexiones son tan continuas —bajo la dirección, además, del Comité Central— que resulta muy difícil separar la obra de unos de la de otros. Como explicaba el prefecto del Alto Rin a la policía "de continuo existe una conspiración flagrante y perpetua, que, cambiando de formas, modificándose según las localidades, tiene siempre el mismo fin" (64).

En Francia se deja ver, tan claro por lo menos como en las demás partes, el triángulo militares-intelectuales-hombres de negocios. Pero los intentos, pese a lo abonado del terrero, no cuajaron, en parte por exceso de improvisación —la nota general—, en parte porque los elementos civiles querían amarrar mejor las cosas, y en ningún momento cubrieron a tiempo a los militares; y en parte, quizá principal, porque el Estado francés de la Res-

(60) E. Lesur, *Annuaire pour 1823*, París, 1824, 60.

(61) Vid. Sánchez Mantero, ob. cit., 143-206.

(62) A. de Vaulabelle, *Historia de la Restauración de los Borbones en Francia*, Madrid, 1860, VI, 48.

(63) Vid. J. Baylot, *Le Complot des Sargents de La Rochelle*, Tours, 1969.

(64) ANF, F7 6937. En Sánchez Mantero, ob. cit., 26.

tauración conservaba una de las instituciones más típicas y eficaces de la época napoleónica: la policía. Tampoco hay que descartar el temor popular a volver a un pasado que muchos recordaban aun con todos sus horrores, y que pudo ser —advierte M. Droz— el factor que deparó a Luis XVIII y a Villèle el inesperado milagro de la *Chambre retrouvée*.

EL INTENTO GENERAL

Fracasados los pronunciamientos en Francia e Italia, no quedaba a los liberales otra esperanza que España. Esperanza menguada si no fuera porque, como escribía Chateaubriand "les vaincus de tous les pays se réfugient en Espagne; ils y reçoivent encouragement et secours" (65). Consta que algunos supervivientes de la intentona de Berton en Saumur consiguieron llegar en barco a España, y que el coronel Caron, que luchó, entre los últimos, al lado de Espoz y Mina, había sido uno de los más destacados miembros de la conspiración de Belfort (66); y los franceses llegaron a elaborar una lista de oficiales de su ejército pasados a España (67). Por parte italiana, y según De Filippo, en 1820 había en España unos quinientos piemonteses que recibían sueldo del gobierno; en 1821 llegaron alrededor de cuatrocientos sardos, que se concentraban sobre todo en Barcelona, Tarragona y Valencia (68). El número mayor fue, indudablemente, el de napolitanos. Había también portugueses, ingleses, belgas, suizos, alemanes, y, a lo que parece, algún polaco. España se había transformado —por vocación o por necesidad— en patria común del liberalismo europeo.

Por eso, escribía Chateaubriand a Canning en 1823, "la question d'Espagne était à la fois toute française et toute européenne" (69). Francesa, porque fue un ejército francés el encargado por la internacional legitimista de sofocar la molesta erupción española; europea, por cuanto las tropas representantes de la Santa Alianza iban a enfrentarse con las de otra Alianza o contraalianza, formada por hombres de los más diversos países europeos. De aquí que

(65) Vizconde de Chateaubriand, *Mémoires politiques*, París, 1839, 23.

(66) Vid. I. M. Zavala, *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, 1971, 107.

(67) Vid. en Sánchez Mantero, ob. cit., 114 ss.

(68) Cfr. L. de Filippo, *La seconda guerra d'Indipendenza e le sue repercussioni in Spagna*, "Rassegna Storica del Risorgimento", XLI, 1974, 777. Arturo Segre, *I profughi sardi del 21 in Spagna, appunti e documenti (1821-23)*, "Rassegna Storica...", VIII, 1921, 180-224. I Zavala, ob. cit., 95.

(69) Recogido por Lesur, *Annuaire pour 1823...* 708.

la guerra de la Francia de la flor de lis contra la España del Himno de Riego fuese, y esto se ha olvidado con frecuencia, una guerra europea (70).

Ya se han adelantado los lazos de los liberales españoles con los potenciales revolucionarios de otros países del continente. La idea, perfectamente internacionalista, era, como observa Lamartine, “hacer triunfar los planes de la libertad en toda Europa” (71). Significativo puede resultar, por ejemplo, el viaje de Vicente Beltrán de Lis a París, en 1821, donde se puso en contacto con Lafayette y otros miembros de Comité Director. También conferenció con Benjamín Constant, Voyer d’Argenson y –otro detalle llamativo– Corradi, el traductor de la obra de Pecchio, uno de los italianos que habrían de luchar más tarde en España por la idea de una república europea (72). Parece que hubo consenso –pese al impulso de los nacionalismos– en que los elementos comunes del pensamiento ilustrado liberal eran más fuertes que los particularismos. “Espagnols de naissance et de séjour –escribe D. Pradt, refiriéndose a los refugiados en España– ils sont Europeennes moralement et civilement: sous ce rapport, il n’y a que de cosmopolites en Europe: les moeurs sont communes, tous les intérêts qui se rattachent a ces moeurs doivent donc être communs: la sûreté, la propriété, l’égalité, l’absence de l’arbitraire, la diminution des charges publiques sont aussi bonnes pour l’Espagnol que pour l’Allemand, et pour l’Holandais, et sont de même également bonnes pour tous...; jamais la dénomination de république Européenne a eût d’acception plus veritable” (73).

La idea de comunidad liberal europea quedó expresamente consagrada en el aplaudido discurso del diputado Muñoz Arroyo, en abril de 1821, a propósito de la intervención austriaca en Nápoles: “La guerra se hace ahora en Nápoles a nosotros, a Portugal, a todas las naciones que aprecian en algo su independencia y sus

(70) La idea aparece clara en un folleto publicado en Londres en 1823: *The Carbonari, or the Spanish war assigned to his real cause*, Londres, 1823. Sobre relaciones de los carbonarios con exaltados españoles, vid. espec. en AHN, Est. 3141; Cons. 12223.

(71) A. de Lamartine, *Historia de la Restauración*, Madrid, 1853, IV 159.

(72) Vid. F. Rousseau, *Les sociétés secrètes en Espagne au XVIII^e siècle et sous Joseph Bonaparte*, en “*Révue d’études Historiques*” (1914), 26. Vid. tb. ANF, I7 6689, dos 28. Más dudosa es la autenticidad de una carta del general Ballesteros a La Fayette en que se expresaba el sueño de una “república universal”. Una copia en AGP, PR, tomo 21, fol. 62. Está fechada a 1 de agosto de 1821. La da por buena F. Rousseau, en art. cit., 17-18.

(73) D. Pradt, *De la Révolution actuelle d’Espagne et de ses suites*, París, 1820, 20.

derechos; la guerra es, para decirlo de una vez, a la civilización europea...". "*Somos atacados en Nápoles*" (74).

Sin embargo, la idea de República Europea fue aireada más enfáticamente por los propios carbonarios italianos, a raíz de su refugio en España. Huido de Nápoles tras la invasión austriaca, Pepe se estableció en Barcelona, y, según I. Zavala, estableció contactos con sociedades patrióticas —o secretas— de Barcelona, Madrid, Cádiz, Ferrol, Segovia, Tudela y Murcia. Más tarde, ya en Madrid, fundó, junto con el general Ballesteros, la *Sociedad Europea*, que trató de establecer correspondencia con otros países del continente y con Gran Bretaña (75). Poco después Pepe "presentó en el Gran Oriente español un vasto plan para regenerar Europa" (76). Probablemente no fue en el Gran Oriente —aunque Ballesteros sí pertenecía a él—, sino en el Gran Alcázar de las Libertades de la rama disidente de los comuneros, a juzgar por los nombres de quienes inmediatamente se asociaron a la empresa: Díaz Morales y Moreno Guerra. También se le unieron otros italianos exiliados, como Prina, Ansaldo, Nicolai, De Conciliis (77). Poco después comenzaría a publicarse en Madrid, alentado por aquel grupo, el primer periódico europeo, *L'Echo d'Europe*, que procuró difundirse por todos los países (78). Poco después, Pepe, disgustado con otros italianos, emigraría a Inglaterra, pero la mayoría de sus compatriotas, aunque no siempre bien avenidos entre sí, ni tampoco con todos los liberales españoles —a quienes dividieron— continuaron en la brecha, y la idea de República Europea o Federación Europea (republicana o no) se mantendría con viveza hasta el último momento.

Tampoco faltaron franceses "europeizantes". Uno de los más pintorescos fue Cugnet de Montarlot, que se hacía titular Gran Maestro de la Legión de la Libertad Europea. Amigo de Benigno Morales y de Félix Mejía, muestra también su afinidad con los comuneros. Cugnet fue quien, en un acto solemne y lacrimoso, como reclamaban las circunstancias, prendió en el pecho de Riego la primera Medalla de Europa (79).

(74) *Diario de Sesiones de Cortes*, 2 abril, 1821.

(75) G. Pepe, *Memorie del generale...*, 125-127. Vid. tb. I. Zavala, Ob. cit., 102.

(76) Zavala, Ob. cit., 105. Vid. tb. en AGP, PR 67, tomo 18, Noticia...

(77) *Noticias acerca de las sociedades secretas*. loc. cit., n.º 9.

(78) Cfr. Vicente Lloréns, *Liberales y románticos*, México, 1954, 13.

(79) ANF, F7 6684, dos. 20 y 6689 dos. 28.

Sin embargo, el episodio protagonizado por Uxon y Cugnet de Monarlot, ya en 1821, no parece haber dejado rastros. Lo que cuajó fue la *Asociación Francesa*, en la que figuraron, que sepamos, Regnaud, Armand Barbés, Auguste Barthélémy, Prosper Infantin y otros; y que llegó, aparte de su central en Madrid, a disponer de filiales en Bilbao y Barcelona, y que mantenía activa correspondencia con sus partidarios en el país vecino. Según los papeles de que llegó a disponer Fernando VII (80) la Asociación Francesa estuvo protegida –a diferencia de la Sociedad Europea, comunero-carbonaria– por el Gran Oriente. También masón, si hemos de atender a la extracción de sus fundadores, fue el *Club Italiano* establecido en Barcelona por Orazio D'Atellis, (81).

El fracaso de la revolución en Francia (los tres intentos de 1822) acortó por un momento el alcance de estos proyectos, y algunos carbonarios comenzaron a pensar en una simple república mediterránea. El carbonario Vincenzo Pisa escribía desde Lisboa dando cuenta de la mala aceptación de sus planes por los británicos, y el pesimismo que reinaba en Francia... "...piu di questo non era possibile fare, e se si vuol agire, si salvarà la Penisola e il Mezzogiorno d'Europa" (82). Portugal, España, Italia, Grecia; con esto habría que conformarse.

Pero el congreso de Verona, en 1822, decidió la invasión de España por las fuerzas de la Santa Alianza. El momento era dramático para la idea de la República Europea, pero también podía convertirse en la ocasión definitiva, si se reunían fuerzas suficientes, y, sobre todo, si los invasores, o parte de ellos, eran seducidos por las ideas revolucionarias. Se partió de la misma base que en 1820: si entonces el Ejército de Ultramar no sólo no había desembarcado en Argentina, sino que había hecho la revolución española, los Cien Mil Hijos de San Luis, en vez de invadir España, podían hacer la revolución en Francia (83).

(80) AGP, PR, tomo 67 n.º 9.

(81) "Habitado a la intriga, sagaz, astuto, escritor elocuente, era más de temer D'Atellis que todos los europeos reunidos...*Noticias de las sociedades secretas*, loc. cit. Vid *El Trienio*, 407.

(82) La correspondencia de Pisa en AHN, Estado, 3141, carpeta 1. Por lo que se deduce del contexto, Pisa fue recomendado a Riego por un general francés que firma L. (La Fayette?).

(83) Muchos franceses consideraban tal cosa como posible o como probable. Unos soldados del 7.º regimiento de artillería manifestaron a su paso por el departamento de Charente "qu'on les verrait bientôt révenir avec leurs canons, qu'arrivés sur le frontière, ils tueraient leur Colonel, ou bien qu'ils se réuniraient aux Espagnols". Un coronel francés expresaba la posibilidad de que sus tropas se pasaran íntegramente a los españoles. ANF, 17, 6937, dos. 153. R. Sánchez Mantero, *Las conspiraciones liberales en Francia...* 217 ss. muestra documentadamente multitud de testimonios en este sentido.

Se reforzó la propaganda y se formó la *Legión Europea*, en la cual, además de españoles y portugueses, se encuadraron franceses, italianos, alemanes, ingleses, polacos e irlandeses. Los dos últimos constituían representaciones simbólicas. También los británicos, pero con la presencia de un hombre a quien se atribuían grandes dotes, el general sir Robert Wilson, que desembarcó en Vigo en los primeros días de 1823, y oficiales de valía (84). Los más, sin embargo, eran franceses, que, por su cuenta, constituyeron otra unidad, la *Legión Francesa*, con la que esperaban ganarse más fácilmente a sus compatriotas. Los italianos no constituyeron ningún cuerpo especial, aunque con frecuencia se habla de “voluntarios” de aquel país.

Un oficio del jefe de Estado Mayor francés dirigido al general Gründber, denunciaba la presencia de “une Division Portugaise constitutionnelle” (85); en el ejército de Mina figuraban “soldados de todas las naciones”, “de todas las comarcas de Europa” (86), y en el documento de capitulación de Barcelona se habla de voluntarios italianos y alemanes (87). Así fue como la intervención de las fuerzas de la Pentarquía en España se convirtió en la primera guerra europea desde los tiempos napoleónicos. Con todo, no vayamos a pensar que los contingentes extranjeros entreverados con las tropas españolas eran considerables. Si bien se ha hablado de 2.000 hombres, la prudencia aconseja reducir su número hasta un valor similar a la quinta parte, aunque en ningún caso pueden darse cifras seguras. Su importancia no era numérica, sino simbólica: lo que ocurre es que se esperaba demasiado del símbolo.

Y aunque la proclama del conde de La Bisbal a las tropas, el 13 de abril de 1823, prometía que “en recompensa de las cadenas que nos ofrecen los Borbones de Francia, llevaremos a aquella humillada monarquía la Constitución española de 1812”, tan venturoso hecho no era posible si las tropas francesas no desertaban y se unían a las “multinacionales” del liberalismo (88).

(84) Cfr. *El Trienio Constitucional*, 408.

(85) Hay referencias en Papeles del Conde de Amarante, en AHN, Estado, 3120.

(86) Vid. *Historia de la Vida y Reinado de Fernando VII*, Madrid, 1842, III, 81.

(87) Capitulación de Barcelona en *Memorias del General D. Francisco Espoz y Mina*, Madrid, 1853, III, 454. Vid. tb. Tiburcio de Eguiluz, *Discurso apologético de la lealtad española*, Madrid, 1825, 71.

(88) En Bayona parece que existieron algunos intentos de amotinamiento y la policía hizo detener a varios manifestantes que cantaban el *Trágala*, ANF, F7, 6754: Sobre temores de desertión o insubmisión de las tropas, vid. F7, 6704 y 6718. El prefecto de los Pirineos Orientales informa a comienzos de marzo de 1823 que un grupo de liberales franceses han embarcado en Barcelona hacia las costas de su país, a fin de promover la desertión de las tropas. *Ibid.*, F7, 11891, dos. 4.

El primer episodio bélico tuvo lugar a orillas del Bidasoa. Al ver una batería francesa dispuesta a disparar, los voluntarios comenzaron a gritar *vive l'artillerie française*, incitando a la desertión. El general Vallin, que mandaba las piezas, respondió: *Oui, vive l'artillerie française, mais vive le Roi. Feu!* (89). Los cañones hablaron y las primeras filas de voluntarios fueron segadas, mientras el resto se batía en retirada. El hecho lo decidió todo. Por lo menos Luis XVIII, semanas más tarde, felicitaría a Vallin con estas palabras: "vuestrs cañonazos han salvado a Europa" (90). Exageradas a todas luces, pero simbólicas, como simbólica fue la resistencia "europea". No se trataba tanto de vencer como convencer, y los voluntarios no convencieron a los Hijos de San Luis.

Por cierto que uno de los heridos en aquella primera acción, recogido moribundo por los irruptores, "n'y répondit que par des prières en latin, a fin sans doute qu'on ignorât a quelle nation il appartenait" (91): curioso símbolo de la internacionalidad de su causa.

En aquella jugada a cara o cruz, se equivocaron los vaticinios de lord Wellington en el Congreso de Verona: acertó Chateaubriand. El liberalismo español cayó con más facilidad incluso de lo que se esperaba de los españoles solos (92). Ciertamente eran, también, sólo una parte de los españoles. En España se abrió y se cerró, en un plazo de tres años, el ciclo revolucionario de 1820. Sin embargo, quedará su memoria con un significado curiosamente no estudiado hasta ahora: el de haber sido el primer intento mancomunado de crear una unidad europea.

JOSÉ LUIS COMELLAS GARCÍA-LLERA
Universidad de Sevilla

(89) Oficio del conde de Guilleminot al ministro de la Guerra, St. Jean de Luz, 7 abril, 1823. En ANF, F7, 11981, dos. 4.

(90) Según Lamartine. *Historia de la Restauración...*IV, 171.

(91) Vid. *Album d'un soldat*, París, 1829, 5-6.

(92) Sobre la invasión, la obra más compleja y documentada es la de R. Sánchez Mantero, *Los Cien Mil Hijos de San Luis y las relaciones franco-españolas*, Sevilla, 1981.